

vuestro padre y á vuestra hermana, en tanto que si dejáis tranquilos á esos pobres muchachos á quienes protejo que continúen su viaje al extranjero, acaso, acaso entre en mi cálculo el ser mandadero aun uno, dos ó tres años, y ya comprendéis que mientras sea mandadero no necesito las doscientas mil libras de renta, puesto que gano cinco ó seis francos por día. La paz, pues, ó la guerra: elegid, primo. Os propongo la primera, pero no rehuyo la segunda.

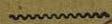
Con esta condición sois libre, mi querido primo. Sólo que yo en vuestro lugar aceptaría la hospitalidad que me ofrecen y pasaría aquí la noche.

La noche es muy buena consejera.

Y al dar este buen consejo, Salvador dejó á su primo Loredán y salió dejando la puerta entreabierta y llevándose á Juan Taureau y á Toussaint, á fin de que Mr. Valgeneuse viese que tenía libertad completa de irse ó quedarse.

FIN DEL LIBRO VIGÉSIMO.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.



CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE EL AUTOR PIDE PERDÓN AL LECTOR POR OBLIGARLE Á HACER CONOCIMIENTO CON UN NUEVO PERSONAJE.

Dejemos á Loredán de Valgeneuse aturrido todavía con lo que le acaba de revelar su primo en la cabaña de Châtillon, cuya puerta entreabierta, así como la ausencia de sus guardianes, le permiten salir fácilmente, y veamos lo que pasaba en la calle de Ulm, núm. 10, algunos días después de los acontecimientos que acabamos de referir.

Por poca atención con que hayan seguido los lectores las múltiples escenas de este drama, y por poca memoria que tengan, recordarán sin duda que la bruja de la calle Triperet la había abandonado para ir á habitar el cuarto descubierto, amueblado y decorado por Petrus en la calle de Ulm, núm. 10.

Recordarán también que con la Brocante, la habían desocupado también para seguirla á su nueva habitación Rose de Noel, Babolin, la corneja y los diez ó doce perros.

El cuarto que ocupaba al presente en la calle de Ulm, mitad museo de curiosidades, mitad reducto nigromántico, ofrecía á los atónitos ojos del espectador, como ya hemos dicho, entre otros objetos fantásticos, un campanario que servía de retiro ó nido á la corneja, y varias cubetas ó toneles pequeños que servían de nichos á los perros.

Nuestro intento al escribir este libro, perdonénnos la corta digresión que nos vemos obligados á hacer, es no sólo, como se ve por las materias que á cada momento abordamos, hacer recorrer al lector toda la escala social, desde el papa Gregorio XVI, de quien pronto nos ocuparemos, hasta el trapero *Croc-en-Jambe*, y desde el rey Carlos X hasta el cazador de gatos *La Gibelotte*, sino también hacer de cuando en cuando algunas excursiones á los mundos inferiores reservados á los animales.

Sólo así es como hasta ahora hemos podido apreciar la inteligencia de la corneja *Pharés* y el instinto del perro *Brasil*, hasta el punto de que si la una nos ha sido casi indiferente por la pequeñísima parte que ha tomado en los acontecimientos referidos, el otro por el contrario, bajo su doble nombre de *Brasil* y *Rolando*, ha conquistado todas las simpatías del lector.

Nada tiene, pues, de extraño que habiendo dado ya un paso entre los humildes de la creación, entre nuestros hermanos inferiores, como los llama *Michelet*, demos el segundo, aumentando ya con una nueva abertura de compás el ya inmenso círculo en que obramos.

Pero qué queréis, queridos lectores, me ha dado, para desesperación de los empresarios de teatro y de los librerías, y acaso también para fastidio vuestro, por escribir dramas en quince cuadros y novelas en cincuenta tomos. Esto

no es culpa mía, sino de mi temperamento, de quien es hija mi imaginación.

Hémos aquí, queridos lectores, en medio de los perros de la *Brocante*, y para con uno de estos animales es por lo que en el título de este capítulo os hemos pedido permiso de hacer conocimiento.

Uno de los perros más queridos de nuestra bruja, las brujas son gente rara por demás, son brujas porque les gusta, y tienen este gusto porque son brujas; nada más sabemos de esto, y dejamos á otro más avisado el decidir esta importante cuestión; uno de los perros, decimos, más querido de nuestra bruja era un pequeño cachorro de la más vil especie.

Juzgamos esto, entiéndase bien, desde el punto de vista orgulloso del hombre.

El hecho es que para un hombre, ignoramos lo que sería para la naturaleza, el hecho es que el perro era de una realidad verdaderamente extraordinaria: pequeño, sucio, ruin en su físico, gruñón, pretencioso en su moral, resumía en sí solo todos los vicios de un viejo niño, y por esto sin duda era generalmente detestado de sus compañeros.

De esta repulsión universal había resultado lo siguiente: que la *Brocante*, su dueña, se había, con femenil empeño, por de pronto, unido á él con una ternura enteramente maternal, y después este afecto se había aumentado en razón inversa de la enemistad que le profesaban y atestiguan públicamente sus camaradas.

Así fué como llegó á tener con él toda clase de atenciones, hasta servirle aparte y en un gabinete particular, por no verle morir de inanición, tan mal se comportaban con él los otros perros, y tales rudos ataques le daban en las solemnes horas de la comida.

Ya sabéis lo que puede el orgullo en los hombres, ¿no es verdad, queridos lectores?

Pues bien, ved ahora lo que puede en los animales.

Aquel perrillo negro, aquel Babylas, que era siempre desde nuestro punto de vista de una fealdad archi-pluscuam-horrible, viéndose querido, mimado, acariciado, festejado y servido aparte, acabó por imaginarse que era el más lindo, el más bello, el más espiritual, el más amable y el más seductor de todos los perros.

Y una vez fija en su espíritu esta idea, como hubiera hecho un hombre en igual situación, púsose á burlarse de sus semejantes, á atormentarlos sin pudor, tirando de la cola al uno, mordiendo al otro la oreja, ladrando á todos, seguro como estaba de la impunidad, pavoneándose, llevando la cabeza erguida, haciendo la rueda, dándose en fin tal aire de importancia, que todos sus camaradas sonreían con desdén, se encogían de hombros, y decían entre sí:

¡Qué tonto!

Creo, lectores, que me hacéis el honor de dirigirme una observación.

Sí, señor novelista, interpretad, traducid, torturad las palabras y los gestos de los hombres; pero en verdad que es demasiado el querernos hacer tragar que los perros hablan, se encogen de hombros y sonrien.

En cuanto á sonreír, permitidme, queridos lectores, que os diga tengo una perra de una de mis amigas, una galguita blanca, que pertenece á la más alta aristocracia de los lebreles, que sonríe cuantas veces me ve, enseñándome sus blancos y finos dientes, de manera que me hace creer que está enfadada, si á esto no se une que con el resto de su cuerpo da muestras evidentes de alegría.

Se llama *Gisela*.

Para mí los perros sonríen, puesto que mi querida Gisela me sonríe siempre que me ve.

En cuanto á encogerse de hombros, no sostengo que los perros se encojan de hombros exactamente de la misma manera que el hombre; mi expresión es impropia, no es encoger los hombros lo que hubiera debido decir, sino sacudir las espaldas.

Vamos, ¿no habéis observado, queridos lectores, mil y mil veces que el perro que acaba de hacer conocimiento con otro perro, y ya sabréis cuán sencilla es la manera que tienen los perros de conocerse, no habéis observado que el perro, defraudado en su esperanza, al encontrar, como el capitán Pánfilo, cuya pintoresca historia escribí hace cinco años, al encontrar, digo, un perro negro en vez de una perra negra sacude desdeñosamente las espaldas y se va?

Esto es incontestable; así que no lo pondréis en duda, queridos lectores.

Vengamos ahora á la palabra.

Los perros no hablan.

¡Hombres orgullosos que creéis que sólo vosotros habéis recibido de la Providencia la facultad de comunicaros vuestros pensamientos!

Porque habláis inglés, francés, alemán, chino, español é italiano y no habláis *perro*, decís tranquilamente:

Los perros no hablan.

— ¡Eh! Dios mío, los perros hablan su lengua como vosotros la vuestra.

— Hay más, y es que vosotros no entendéis lo que ellos os dicen, hombres orgullosos, y ellos, humildes y que hacen gala de ello, entienden lo que vosotros les decís.

Preguntad al cazador si no le comprende cuando le dice: chiquito, aquí... quieto ..

Preguntad al cazador si su perro no habla cuando le ha oído en sueños levantar una liebre, reñir ó batirse en duelo soñando.

¿Quién vela pues en ese perro que duerme? ¿No es un alma, un alma menos perfecta, pero de seguro más sencilla, más ingenua que la vuestra?

¡ Los perros no hablan !... Decidsele á vuestro hijo que tiene tres años y que anda rodando por un prado con aquel Terranova de tres meses. El joven niño y el joven animal juegan como dos hermanos, escuchan los sonidos inarticulados que cambian en medio de sus juegos y de sus caricias. ¡ Ah! Dios mío ! El animal ensaya simplemente á hablar la lengua del niño y éste la del animal. De seguro, sea la que quiera la lengua que hablen, se entienden, y acaso se dicen en esa lengua incomprendible más verdades sobre Dios y sobre la naturaleza, que nunca dijeron Platón y Bossuet.

Los perros hablan pues : en esto no hay para nosotros duda, y tienen además sobre nosotros la gran ventaja de que hablando *perro* entienden español, francés, alemán, chino, inglés é italiano.

En tanto que nosotros, sea italiano, chino, español, alemán ó francés lo que hablemos, no entendemos el *perro*.

Volvamos á las desventuradas bestias de la Brocante y á la situación en que las habían colocado las ridiculas pretensiones de Babylas,

CAPÍTULO II.

DONDE SE VERÁ QUE LA MEJOR EDUCACIÓN PUEDE ECHAR Á PERDER LOS MEJORES CARACTERES.

Estos testimonios de desprecio que en cualquiera ocasión daban los huéspedes de la Brocante á su camarada Babylas, en nada mejoraron su vida.

Era preciso jugar el todo por el todo.

La Brocante, que en su cualidad de bruja hablaba todas las lenguas, la Brocante, á la menor palabra que oía, intervenía según la gravedad de la palabra, ó bien con su martinete, ó bien con el mango de la escoba.

El martinete era la varilla de la hada.

El mango de la escoba era el tridente de Neptuno.

De seguro que la Brocante no sabía decir :

— ¡ *Quos ego!*

Pero los perros traducían al momento esta amenaza :

— ¡ Quietos, canalla !

Y cada cual, temblando, volvía á su nicho, y sólo después de un momento se atrevía á asomar la punta del hocico ó el rabo del ojo por la abertura del tonel.

Verdad que el perdiguero aullaba, que el pachón ladraba y que el de aguas gruñía.

Pero el ruido de un pie impaciente hiriendo el suelo, acompañado de estas terribles palabras *¡ Callaréis al fin ?* bastaba para imponer á toda la asamblea canina el más profundo silencio.

Y cada cual callaba encerrado en su tonel, en tanto que

el innoble Babylas se cuadraba en medio de la habitación y llevaba á veces su impudencia hasta el extremo de pasar revista á los toneles para ver si cada rebelde estaba en su prisión.

Estos modales de Babylas, que de día en día iban haciéndose más provocativos, habían concluido por hacerse insoportables á toda la república canina, que dos ó tres veces resolvió aprovechar la ausencia de la Brocante para darle una buena lección.

Pero siempre una de esas casualidades que suceden á los tiranos y á los fatuos, hacia que la Brocante, en el momento en que la conspiración iba á estallar, se apareciese como el antiguo dios de la máquina, con su mango ó martinete en la mano, con el cual volvía á conducir á sus nichos á los desventurados conspiradores.

— ¿Qué hacer en esta triste coyuntura? y ¿cómo sustraerse al despótico poder, cuando éste se presenta armado de un mango de escoba ó de una varita mágica?

El bando perruno reflexionó. Un lebrél propuso emigrar, abandonar el suelo natal, y buscar en fin una tierra más hospitalaria.

Un perro de aguas ofreció encargarse bajo su responsabilidad de ahogar á Babylas.

Pero, es preciso confesarlo, este canicidio repugnaba á todo el mundo.

— Evitemos la efusión de sangre, dijo un falderillo conocido por la dulzura de sus costumbres.

Éste fué apoyado por un antiguo pachón que era siempre de su parecer, y que tal intimidad tenía con el faldero, que un mismo sitio servía generalmente para los dos.

En fin, todos los medios violentos fueron rechazados por aquellos honrados perros, y se resolvió no tramar con-

tra él más conspiración que la de un general desdén y desprecio.

Se le señaló con el dedo, como se dice en los colegios de Roma; se le puso en cuarentena, como se dice en los colegios franceses.

Se le aisló, no le hablaron más, hasta se llegó á fingir que no se le veía al pasar á su lado; en fin, como tan poéticamente se expresa en la ópera *La Favorita*:

Quedó solo con su deshonor.

¿Qué hizo en vez de arrepentirse, ciego como estaba, con el irracional afecto de la Brocante?

En lugar de aprovechar el aviso, se ingenió para mortificar á sus camaradas cuanto le fuera posible.

Les lanzó al rostro mil injuriosos ladridos durante el día.

Turbó implacablemente su sueño por la noche.

En una palabra, con el apoyo de su ama, hizoles insoportable la vida.

Así, por ejemplo, cuando hacía calor y la Brocante abría la ventana para dar aire á la sociedad, en seguida Babylas se quejaba y tiritaba como si hiciera 25 grados de frío.

Entonces la Brocante por temor de que Babylas no se constipase del cerebro, único reuma á que los perros están expuestos, cerraba la ventana.

Estaba por el contrario cerrada la ventana y llovía, nevaba ó estaba la temperatura á 25 grados bajo cero.

Babylas se quejaba de calor, incomodábale la lumbre, levantaba la pata hacia la puerta y hacía lo posible por que apagaran el fuego.

Á estas señales la Brocante reconocía que hacía demasiado calor, y temiendo no diera á su favorito una congestión cerebral, apagaba la lumbre, abría la ventana, aunque

viera los otros perros tiritar á su vez bajo la impresión de una atmósfera como la de Moscou.

En fin, el miserable Babylas se había convertido en el demonio del hogar. No era útil á nadie y era desagradable para todos, incómodo para todos, y á pesar de esto, explíquelo quien pueda, á pesar de tener tantas faltas, tal vez á causa de ellas era adorado de la Brocante.

Aunque la primavera de 1827 no fuera una primavera más templada que la de 1855, Babylas, sea por malignidad, sea por otro motivo; había hecho abrir veinte veces la ventana.

Al sacar pues el hocico por esta ventana, se recordará que era la de piso bajo, había visto á lo lejos una perra joven de ojos negros con pelo rubio blanquecino, con dientes blancos como perlas, con labios rosados como el coral.

Ya se sabe que hay dos clases de coral; el coral rojo y el coral rosa, y que de los dos este último es el más precioso.

La elegancia del andar del joven animalito, el fuego de sus ojos, la ligereza de su talle, lo pequeño de su pata, toda la gracia de su persona habían hecho estremecerse á Babylas, que había exclamado en su lenguaje:

— ¡ Oh ! ¡ qué encantadora perra !

Á este grito, como cuando un fumador colocado en una ventana, exclama: « ¡ oh ! ¡ qué mujer más hermosa ! » todos los hombres del club, los jugadores, los lectores de periódicos, los que toman café ó helados ó copas acuden; á este grito, decimos, todos los perros echados ó acurrucados en sus camas, enderezándose sobre sus patas, habían acudido para ver á la que Babylas había anunciado.

Pero éste se volvió, enseñó los dientes, gruñó, y todos los perros, incluso el pachón y el terranova que hubieran

podido exterminar de una dentellada á Babylas, volvieron á su ocupación ó á su sitio respectivo.

Satisfecho con la obediencia de sus compañeros, impuesta, preciso es decirlo, por su instinto que les indicaba que la Brocante estaba en el vecino cuarto, Babylas volvió á fijar la vista en la calle.

La perra, obligada á sufrir aquella mirada de fuego, bajó tímidamente los ojos y pasó sin volver la cabeza.

— ¡ Honesta y bella ! exclamó en su lengua el entusiasmado perro.

— ¡ Sabia y bella ! dijo Hamlet al ver á Ofelia.

Esto prueba que en circunstancias iguales, igual impresión se produce sobre el hombre y sobre el animal, en el príncipe y en el perro.

Inclinóse hacia fuera de la ventana hasta el punto que sus compañeros esperaron por un momento que calculando mal en su entusiasmo las leyes de la gravedad, Babylas vería á su cabeza arrastrar en pos de sí su cuerpo y se rompería la cabeza al caer sobre la acera.

Pero nada de esto sucedió; Babylas siguió con la vista á la encantadora perrilla hasta la esquina de la calle de la Vieille-Estrapade, tras de la cual desapareció como una sombra, y sin decirle nada de sí volvería ó no.

— ¡ Qué bella es ! ladró Babylas llenó el corazón de las inefables delicias de una pasión naciente, de un amor en flor.

Desde este instante, en lugar de quejarse de la implacable soledad á que sus irritados compañeros le habían condenado, Babylas se congratuló interiormente de las horas de ilusión y de ensueños que aquella preocupación le dejaba.

Como Diógenes al volver á su tonel, arrojó desdeñosa-

mente su desdén sobre el resto de la creación, y si nosotros, que en calidad de novelistas comprendemos todas las lenguas, hasta las de los animales, no reproducimos sus palabras, es porque hemos temido que fuese mal juzgada y comprendida nuestra intención, y que en el arranque de *Babylas* se vea una sátira llena de amargura contra la sociedad.

No pasaremos á analizar las emociones de todas clases que llenaron el corazón de nuestro héroe desde la hora en que recibió la conmoción eléctrica hasta la de acostarse: diremos solamente una palabra sobre la noche.

Fué ésta á la vez para *Babylas* noche de tormento y de delicias igualmente desconocidas; todos los diablillos que tejen la abigarrada tela de los sueños, bailan con su fantástica zarabanda alrededor de la cabecera del pobre perro: vió pasar como en los vidrios de la linterna mágica, que en su juventud había enseñado en compañía de un ciego, las sombras de todos los perros que habían amado, de todas las *Elenas* y de todas las *Stratonices* de cuatro patas que habían producido insensatas pasiones; en fin, tantas vueltas y revueltas dió sobre su colchón de cerda (los demás sólo lo tenían de paja), que la *Brocante* se despertó sobresaltada creyéndole hidrofóbico ó epiléptico, y le dirigió desde su cama las más tiernas palabras para consolarle.

Felizmente apareció la aurora á las cuatro de la mañana: si hubieran durado todavía las eternas y sombrías noches de invierno, *Babylas*, al salir el sol, hubiera estado muerto ya infaliblemente de consunción.

Al ver la primera luz del día, *Babylas* saltó de su tonel. Debemos confesar que por costumbre gastaba poco tiempo en el tocador, y que este día gastó aun menos que los otros, dirigiéndose en seguida á la ventana.

La esperanza había vuelto con el día.

Puesto que había pasado *ella* la vispera, ¿ no volvería á pasar hoy?

La ventana estaba cerrada y con razón. Llovía á cántaros.

— Espero que no abrirán la ventana, dijo el galgo, tirando solo á esta idea: hace un tiempo horrible.

— Ya lo creo que no, dijo el pachón respondiendo al galgo.

— ¡ Hum! dijeron el faldero y el español, no nos admiraría que sucediera.

Y hablaron un poco más á su gusto, á consecuencia de que su pelo les servía de funda ó abrigo.

— Si *Babylas* hace abrir la puerta esta mañana, lo estrangulo, dijo el terranova.

— Pues bien, la abrirán y no me admirará, dijo un doguillo escéptico.

— ¡ Mil rayos! exclamaron á la vez el terranova y el pachón, ¡ que lo hagan y veremos!

Un doguillo blanco que en otro tiempo había jugado algunas partidas de dominó con *Babylas*, y que gracias al recuerdo que le había dejado de jugador leal, tomaba algunas veces su defensa, imploró esta vez su conmiseración.

— Le he oído quejarse toda la noche, dijo con voz conmovida, acaso esté malo. No seamos implacables con uno de los nuestros; somos perros y no hombres.

Este discurso produjo bastante buen efecto en la asamblea, y se resolvió hacer lo que siempre, aunque bien mirado no podían pasar por otro punto.

Entró la *Brocante*. Vió á su amado *Babylas* con las orejas bajas y los ojos tristes.

— ¿ Qué tienes, amor mio? le preguntó con su más

tierna voz, al propio tiempo que le estrechaba contra su pecho.

Baby las lanzó un gemido, se escapó de entre sus brazos y corrió hacia la ventana.

— ¡ Oh ! sí, aire, aire, dijo la Brocante. El pobrecillo no puede pasarse sin aire.

La Brocante, que no sólo era bruja, sino observadora, había observado que la gente pobre vive en atmósferas en que no podría respirar la gente rica.

Y es una buena cualidad esta de la gente pobre, pues de no poder vivir en donde vive se moriría.

Y se mueren algunas veces, pero entonces el médico halla un nombre para la enfermedad de que ha muerto, y gracias á aquel nombre griego ó latino, nadie tiene remordimiento, ni aun el consejo de salubridad pública.

La Brocante, feliz con ver á Baby las tan entonado, aunque nunca se le había ocurrido ocuparse de su educación, se apresuró á abrir la ventana.

Al hacer esta operación hubo un gruñido general en la asamblea, el cual hubiera degenerado indudablemente en un verdadero rugido, si la Brocante no hubiera descolgado de un clavo el martinete penitenciario y lo hubiera levantado por cima de su cabeza.

Á la vista de este instrumento de flagelación, la sociedad se calló como por encanto.

Baby las colocó sus dos patas sobre el reborde de la ventana y miró á derecha é izquierda. Pero nadie, excepto hombres, se atrevía á lanzarse en la calle de Ulm, tan mal empedrada en esta época como lo estaba París en tiempo de Felipe Augusto, y sobre todo á causa del diluvio que estaba cayendo.

— ¡ Ay ! gimió nuestro enamorado ; ¡ ay ! ¡ ay !

Pero este gemido no conmovió al espíritu de las aguas, y ni una perra ni un perro pasó.

Llegó la hora del almuerzo. Baby las permaneció en la ventana.

Pasó la hora de cenar lo mismo que había pasado la de almorzar y comer.

Los demás perros se frotaron las patas de gusto, pues que la ración de Baby las aumentaba en parte la de cada uno.

Esto, como se ve, era ya serio: Baby las había rehusado el tomar alimento. La Brocante le había llamado con los más tiernos nombres: le había presentado leche, azúcar y otros manjares, y Baby las había permanecido siempre en la postura que adoptara por la mañana.

Era ya noche cerrada: habían dado las diez en todas las iglesias, que demasiado bien educadas para dar todas la hora á la vez, lo hacían una después de otra, cediendo el paso sin duda [por respeto á las más antiguas.

Era preciso retirarse. Baby las volvió á su tonel, presa de la más profunda tristeza.

Esta segunda noche fué aún más agitada que la primera. La pesadilla no abandonó al pobre Baby las un solo momento. Si se dormía por algunos momentos, tan dolorosamente suspiraba en sueños, que se comprendía hubiera sido mejor para él permanecer despierto.

La Brocante le veló, como hubiera podido hacerlo una madre con su hijo, diciéndole las más dulces palabras que sólo las madres saben para calmar ó adormecer los dolores de sus hijos. Sólo al amanecer fué cuando apurada hasta el último extremo, se le ocurrió echarle las cartas.

— ¡ Está enamorado ! exclamó á la tercera vez ; Baby las está enamorado.

Esta vez, como dice Beranger, las cartas tenían razón. Babylas dejó su tonel más desfigurado aún por esta segunda noche de insomnio que por la primera.

Mojáronle un bizcocho en leche, única cosa que comió, é hizo qué le abrieran la ventana como la vispera.

Aunque había llovido el día de San Medardo, cosa que promete cuarenta días de lluvia, por casualidad este día no llovió, de modo que al ver los primeros rayos del sol naciente, Babylas recobró parte de su antigua alegría.

Debía ser en efecto un día feliz para Babylas: á la misma hora que dos días antes vió pasar á la rubia perrita de sus sueños. Era la misma patita aristocrática, el mismo elegante corte, el mismo paso á la vez altivo y tímido.

El pulso de Babylas marcaba veinte sacudidas por minuto.

Lanzó un grito de alegría.

Á este grito la perrita volvió la cabeza, no por coquería, sino porque por más inocente que fuera, tenía el corazón tierno y había reconocido á la vez en aquel grito el amor y la angustia.

Y vió á Babylas, á quien ya una vez había entrevisto con el rabo del ojo.

En cuanto á Babylas, que sólo la había visto de perfil, al verla de frente se estremeció, y en medio del temblor que agitaba todos sus miembros, se puso á lanzar esos quejidos tiernos y apenas perceptibles que las personas dotadas de su temperamento dejan escapar cuando la emoción es superior á sus fuerzas.

Al ver aquella turbación, que acaso ella también compartía, la linda perrita se compadeció y dió algunos pasos hacia Babylas.

Babylas, cediendo á la atracción, iba á lanzarse por la

ventana, cuando se oyeron estas palabras pronunciadas con duro acento:

— ¡Aquí, Caramela!

Aquella voz era evidentemente la de su amo, pues Caramela, dirigiendo una mirada á Babylas, se apresuró á obedecer á aquella voz.

Babylas habíase dispuesto ya á saltar por la ventana, pero aquella voz le detuvo.

¿Fué el temor de comprometer á Caramela lo que le detuvo, ó el instinto de la propia conservación? Esto es lo que no se ha podido saber.

Recogióse pues sobre sus patas traseras, y dando patadas en la ventana, exclamó:

¡Caramela! ¡Caramela!... bonito nombre.

Y repitió en todos los tonos posibles:

— ¡Caramela!... ¡Caramela!... ¡Caramela!...

Tal vez para nuestros lectores el nombre no es tan bonito como á Babylas le pareció; pero era tan adecuado á la que lo llevaba, que amando Babylas el color, debía naturalmente amar el nombre.

Caramela, llamada severamente por su amo, volvió hacia él con la cabeza baja, después de haber mirado, como ya hemos dicho, á Babylas.

El estado de desesperación en que Babylas había pasado los dos días y las dos noches precedentes era tan desesperado, que la mirada de Caramela le pareció un paraíso.

Después de hablar seguido con la vista á Caramela, que como la vispera desapareció tras la esquina de la calle de la Vieille-Estrapada, Babylas se metió en la habitación manifestando su alegría de todos los modos que los perros pueden manifestarla: saltando sobre las sillas, corriendo tras de su cola, poniéndose de patas, haciendo el muerto,

pasando en fin revista á todo su repertorio para expresar, en cuanto sus medios alcanzaban, la indecible felicidad que gozaba.

Sus compañeros le creyeron loco, y como al fin y al cabo eran buenos perros, olvidaron su rencor y le compadecieron sinceramente.

Se dice que el amor hace mejores á las personas; algo hay de cierto en esta aserción y vamos á dar una nueva prueba de esta verdad.

Hemos dicho que Babylas era un perro maligno, tacaño y gruñón.

Pues bien, como si la varita de una hada lo hubiera transformado, en lo moral se entienda, se volvió bueno y sencillo como el cordero negro de que habla Hamlet. Acercóse á sus caramadas, les dió francas excusas, les pidió lealmente perdón de sus faltas y les suplicó que le devolvieran su amistad, prometiendo cumplir respecto á ellos los deberes que ésta le imponía.

Al oír esta salida la asamblea se reunió y deliberó. El terranova y el pachón, cediendo á su primitiva inclinación, que en los perros, al contrario de lo que sucede en los hombres, suele ser la peor, el terranova y el pachón opinaron por ahogarlo, no creyendo en la sinceridad de su conversión; pero el doguillo blanco tomó por segunda vez su defensa, y tan calorosamente habló en su favor, que arrastró á toda la asamblea en pos de su opinión.

Procedióse á la votación, y por mayoría de los perros presentes, se concedió á Babylas completa amnistía.

Adelantóse hacia él el doguillo blanco, le tendió la pata, y los miembros más notables de la asamblea siguiendo este ejemplo, le devolvieron su confianza y le prometieron su amistad.

Desde este momento, Babylas no volvió á hacer abrir la ventana más que después de pedir permiso á sus compañeros, pero como de día en día la temperatura iba mejorando, inútil es decir que el permiso le era cordialmente concedido.

Hasta el galgo, que continuaba tiritando, confesaba el mismo que si tiritaba, más que de frío era por costumbre.

CAPÍTULO III.

UN CABALLERO QUE QUIERE SABER SI IRÁ AL PARAÍSO.

Así continuaban las cosas hacia un mes.

Casi todos los días á la misma hora Caramela pasaba y enviaba en la mirada mil felicidades al dichoso Babylas, que entregado completamente á las dulzuras del amor platónico, se contentaba con aquellas miradas, contenido por la impresión que en su sistema nervioso había producido la rudeza de la voz del amo de Caramela.

Acaso también Babylas tenía aquella paciencia, porque Caramela, bien con la mirada, bien con la voz, habíale hecho comprender que uno ú otro día hallaría medio de escaparse y corresponder de un modo más directo á su amor.

Como ya hemos dicho, una ó dos semanas después de la noche en que Juan Taureau quiso primero sofocar, después aplastar y por último ahogar á Mr. de Valgeneuse, á la hora sobre poco más ó menos en que Caramela tenía costumbre de pasar, un caballero vestido con un gabán de

propietario, aunque la temperatura no justificase esta medida de precaución, que llevaba anteojos y un junco con puño de *vermeil*, entró de pronto en el laboratorio de nigromántico de la calle de Ulm.

La dueña del establecimiento se hallaba en su sitio acostumbado, aguardando á los parroquianos.

— ¿ Sois la Brocante ? preguntó á quema ropa el desconocido.

— Sí, señor, respondió ésta con cierto temblor natural en ella como en Babilas cuando oían una voz un poco ruda.

— ¿ Sois hechicera ?

— Echo las cartas.

— Creía que era lo mismo.

— En efecto, pero hay alguna diferencia.

— Corriente, vengo á ejercitar vuestra ciencia.

— ¿ Queréis el juego chico ó el grande ?

— El grande, pardiez, el grande, dijo el desconocido absorbiendo un gran polvo. Lo que deseo saber es de tal importancia, que nunca será bastante grande el juego.

— ¿ Deseáis saber si haréis una buena boda ?

— No, no, siendo el matrimonio en si mismo un mal, ningún matrimonio puede ser bueno.

— ¿ Deseáis saber si heredaréis á algún pariente ?

— Tengo solo una tía, y á ésta la he señalado una pensión de seiscientas libras.

— ¿ Deseáis saber acaso si llegaréis á una edad avanzada ?

— No, buena mujer ; he vivido ya mucho para mi edad, y no tengo curiosidad sin embargo de saber cuándo moriré.

— ¡ Ah ! ya comprendo, ¿ entonces deseáis volver á vuestro país ?

— Soy de Montrouge, y quien lo ha visto una vez no desea volver á verlo más.

— Pero, en fin, dijo la Brocante temiendo que un interrogatorio más largo pudiera dañar á su consideración de nigromántica, ¿ qué deseáis ?

— Deseo, respondió el misterioso desconocido, deseo saber cuándo iré al paraíso.

La Brocante manifestó grande admiración.

— Y bien, preguntó el oriundo de Montrouge, ¿ qué hay en eso de extraordinario ? ¿ Es más difícil ver en el otro mundo que en éste ?

— Con ayuda de las cartas, respondió la Brocante, se puede ver en todas partes.

— Pues que vean.

— ¡ Babolín ! gritó la vieja : el juego grande.

Babolín, que estaba echado en un rincón del cuarto, ocupado en dar al doguillo blanco una lección de dominó, se levantó para ir por lo que le habían pedido.

La Brocante se instaló en su media luna, llamó á Phares que dormía descuidada con el pico metido bajo de su ala, hizo formar en círculo á los perros, pero dejando en su maternal debilidad que Babilas continuase en la ventana, y en seguida ejecutó sobre poco más ó menos lo que había hecho para Justino.

Eran por lo demás los mismos personajes en distinto cuadro, excepto Rosa de Noel, que estaba ausente, y excepto Justino que había sido reemplazado por el Sr. de Montrouge.

— Ya sabéis que son seis reales, dijo la Brocante que no había querido subir los precios á pesar de las mejoras del local.

— ¡ Seis reales ! sea, dijo el Sr. de Montrouge echando

una moneda; bien puedo arriesgarlos por saber si iré al paraíso.

La Brocante comenzó á cortar y volver á cortar y á barajar las cartas, poniéndolas después en semicírculo sobre la mesa.

Estaba en lo más interesante de la operación y ya San Pedro, designado por el rey de bastos, se aprestaba como la sombra de Samuel evocada por la pitonisa de Endor á poner de manifiesto los misterios del mundo superior, cuando Babylas, exceptuado del servicio como hemos dicho, por favor especial, vió desde la ventana á Caramela que cumpliendo su promesa, pasaba por la calle, sola, esbelta, picarita, más fresca, más alegre, más tierna, más provocativa que nunca.

— ¡ Caramela ! ¡ Caramela sola ! exclamó Babylas. ¡ Oh ! has cumplido tu palabra, perra adorable ; no puedo resistir más. ¡ Caramela ó la muerte !

Y saltando rápidamente por la ventana, Babylas echó en pos de su ideal, que continuaba llamándole con la mirada y andando á paso menudito, á fin de desaparecer lo menos pronto posible en la vecina calle, y esto en tanto que el Sr. de Montrouge esperaba pacientemente la respuesta de la Brocante.

La Brocante volvía la espalda á la ventana, pero al ruido que hizo Babylas al saltar por ella se volvió.

Este movimiento fué bastante lento comparado con los amorosos deseos de Babylas ; así que, cuando se volvió la Brocante sólo alcanzó á ver la parte posterior de su perro que desaparecía, en tanto que la parte anterior descendía rápidamente hacia la calle.

Al ver esto, la Brocante olvidó todo : al hombre de Montrouge que deseaba saber si iría al paraíso ; á la con-

sulta comenzada ; á la pieza de los seis reales, para no acordarse de nada más que de su querido Babylas.

Lanzó un grito, arrojó lejos de sí la mesa y las cartas, corrió á la ventana, y con el sublime impudor de las grandes pasiones, saltó la barandilla de la ventana, se deslizó como pudo hasta la calle, y echó á correr tras de su perro.

Phares, al ver á su ama salir por la ventana en vez de hacerlo por la puerta como tenía por costumbre, creyó sin duda que había fuego en la casa, lanzó un graznido y voló hacia la calle.

Á su vez los perros, viendo á la Brocante y á la corneja que se habían ido, ansiosos de saber adónde y qué término tenían los amores de Babylas, se lanzaron á su vez por la ventana, rápidos y presurosos como aquellos famosos corredores de Panurgo, que desde que fueron inventados por Rabelais, sirven de punto de comparación á toda tropa que salta junta en un sitio ú ocasión cualquiera.

Por último, Babolin, viendo que Babylas se había marchado, que la Brocante había desaparecido, que Phares se había ido volando tras ella y que hasta el último perro había saltado, trataba de hacer lo mismo, cuando se sintió cogido por el pantalón por el Sr. de Montrouge.

Hubo un momento de lucha para saber si sería aquel señor quien soltaría el pantalón de Babolin, ó éste quien soltaría la barra, lo cual visto por el Sr. de Montrouge, que sin duda creía más en la solidez de la barra que en la de los pantalones, le dijo :

— Amiguito, tengo cinco francos para ti si...

Babolin soltó la barra en el momento.

— ¿ Si... qué ? preguntó.

— Si me proporcionas hablar con Rosa de Noel.

— ¿Dónde están los cinco? preguntó el prudente Babolin.

— Hélos aquí, dijo poniéndole un napoleón en la mano.

— ¿Cinco francos de veras? exclamó el pilluelo.

— Miralos, dijo el desconocido.

Babolin miró, pero dudando del testimonio de sus ojos:

— Veamos cómo suenan, dijo.

Y dejó caer en el suelo la moneda, que produjo al caer un sonido argentino.

— ¿Con que queréis ver á Rosa de Noel?

— Sí.

— Por supuesto, ¿no para hacerla daño?

— ¡Oh! al contrario.

— Entonces, subamos.

Y Babolin, abriendo la puerta, se lanzó por la escalera del entresuelo.

— Subamos, exclamó el desconocido, que comenzó á salvar los escalones con una prontitud y ligereza semejante á la que hubiera puesto para subir las escaleras del paraíso.

En un momento estuvieron á la puerta de Rosa de Noel, donde el desconocido se detuvo sólo el tiempo preciso para tomar un polvo de su tabaquera de porcelana y bajar sus anteojos sobre su nariz.

CAPÍTULO IV.

LO QUE EL SR. DE MONTROUGE VENÍA Á HACER REALMENTE EN CASA DE LA BROCANTE.

En el momento en que el Sr. de Montrouge, precedido de Babolin, encorbaba su alta estatura para no tropezar

con el marco de la puerta, y se deslizaba por ella, pues estaba entreabierta, Rosa de Noel, sentada ante una pequeña mesa de laca, regalo de Regina, se entretenía en iluminar flores, regalo de Petrus.

— Rosa de Noel, dijo Babolin, aquí hay un Sr. de Montrouge que quiere hablarte.

— ¿Á mí? dijo Rosa de Noel levantando la cabeza.

— Á ti en persona.

— Á vos, querida mía, dijo el señor alzando sus anteojos, á fin de ver á la niña con su propia vista, pues que á sus ojos más bien parecían estorbarles que ayudarles los dos vidrios azules interpuestos entre ellos y el objeto en que se fijaban.

Rosa de Noel se levantó, pues había crecido desde hacía tres meses de un modo extraordinario. No era ya la niña escuálida y enfermiza que hemos visto en la calle Triperet; era una joven pálida, delgada todavía, pero su palidez y delgadez provenían evidentemente de estar creciendo. Transportada á una atmósfera más simpática á su organización, su cuerpo se había desarrollado. Era un joven arbusto débil y flexible, siempre pronto á doblegarse al menor soplo de viento, pero ya en flor.

Saludó al Sr. de Montrouge, y mirándole con sus grandes ojos admirados:

— Y bien, señor, exclamó, decidme, ¿qué es lo que me queréis?

— Hija mía, dijo el desconocido con su más dulce voz, vengo enviado por personas que os quieren mucho.

— ¿Por la hada Carita? exclamó la niña.

— No conozco á la hada Carita, exclamó el señor sonriendo.

— ¿Entonces por Mr. Petrus?